

MAGNA HISPALENSIS

(I)

RECUPERACIÓN DE LA ALJAMA ALMOHADE

AULA HERNÁN RUIZ
CABILDO METROPOLITANO

SÍNTESIS A MODO DE EPÍLOGO

Alfonso Jiménez Martín
Universidad de Sevilla

Los textos precedentes tienen orígenes y desarrollos muy distintos, por lo que su lectura continuada, como el amable lector ya ha tenido ocasión de comprobar, no es fácil, tanto por la diversidad de los temas tratados como por las distintas capacidades literarias de sus autores, pero sobre todo por las fechas en que se han elaborado y las intenciones que los han presidido¹; esta dificultad es la que me animó finalmente, instado por el profesor Collantes de Terán Sánchez, autor de la Introducción, a redactar una síntesis, pues varios de los trabajos son como otros tantos escalones de una subida trabajosa, en la que el primer autor, siguiendo en la metáfora arquitectónica, necesita no sólo a construir su escalón, sino también el suelo en el que se asienta éste e incluso a decorar el entorno de la escalera historiográfica que inicia; los siguientes trabajos se apoyan en esta tarea primordial, viéndose obligados a realizar “labores de conservación” de los trabajos precedentes, perfilando sus conclusiones concretas. Esta síntesis, por otra parte, no es un resumen, sino una lectura personal de cuanto antecede.

Este Epílogo también da cuenta de lo que este libro no ha sido, especialmente en lo que concierne a aquellos trabajos que no han podido ser incluidos en él, pues debo señalar que no hemos publicado aquí las memorias de todas las excavaciones que el Cabildo Metropolitano ha financiado íntegramente, ni de las que, auspiciadas por otras instituciones, se han efectuado a escasos metros de sus límites; todas han sido publicadas ya en la serie de la Junta de Andalucía y al ofrecerles a sus autoras y autores la posibilidad de hacerlo aquí de manera extensa pretendíamos paliar la brevedad de la publicación oficial, pero el legítimo deseo de publicar sus estudios de forma independiente, con mas extensión de la que ahora podíamos ofrecerles, les hizo declinar el ofrecimiento. Espero y deseo que esa venturosa posibilidad, la de publicarlo todo y con todo lujo de detalles, se materialice alguna vez.

Antes de entrar en detalles advertiré que en este tomo tampoco se incluyen las investigaciones que, a partir de sondeos geotécnicos, se han publicado²; gracias a ellas sabemos que la zona donde se asienta la Catedral los estratos que contienen manufacturas o materiales de origen

¹ Se publican tal como nos han sido entregados, excepto pequeñas modificaciones destinadas a uniformar, en lo posible, la características tipográficas del conjunto.

² F. BORJA BARRERA e I. VALVERDE ESPINOSA, “Estudio de la cimentación de los pilares de la Catedral de Sevilla”, *Informes de la Construcción* (48/448-1997), 15ss.

humano se detectan a gran profundidad, correspondiente a un ambiente lacustre, debido a la proximidad del río, situado entre 10 y 14 m. a contar desde la solería actual del edificio gótico; su cronología parece corresponder a época de la República romana. Este ambiente pantanoso va desapareciendo progresivamente hacia los 6 m. de profundidad, equivalentes al final del periodo romano.

1. ¿DENTRO O FUERA?

El estudio de la historia urbana de Sevilla, y particularmente la tarea básica de establecer la planimetría de sus distintas etapas, y sobre todo la de *Hispalis*, parece responder al modelo que se desprende de una frase de Ph. Wolff "*Donde faltan los documentos florecen las hipótesis*", situación de la que debíamos huir los investigadores del tema para acercarnos a otra máxima inmortal, "*Donde no hay publicidad resplandece la verdad*", que figuró durante años en la portada de *La Codorniz*. La historia de las investigaciones sobre la Sevilla romana durante los últimos veinticinco años está jalonada por una serie de dibujos cuya precisión y detalles están muy relacionados con las dos frases mencionadas, de forma que, en mi opinión, la seriedad de una propuesta queda maltrecha desde el momento en que se la dibuja y sencillamente se evapora en cuanto se publica, pues, en las actuales circunstancias de la investigación, cualquier trazado general de murallas, calles o manzanas, es simplemente una apuesta personal a partir de datos dispersos, fragmentarios, incongruentes e imprecisos. Tal vez, si en los últimos decenios hubiera existido algo parecido a un maestro, éste debiera haber explicado a los jóvenes que su tarea inexcusable consiste en documentar bien las páginas de la historia de un solar o edificio, páginas que, al exhumar cada unidad estratigráfica, destruyen, y no la de lanzar hipótesis sobre la historia completa de la ciudad a lo largo de dos milenios precedentes, máxime si las indagaciones sistemáticas sobre temas concretos no han añadido nada de conocimiento firme. ¿Un ejemplo? No tenemos ni un centímetro seguro de la muralla romana de *Hispalis*, pese a los proyectos sistemáticos aplicados a buscarla por los lugares mas plausibles.

Ciertamente una ciudad romana no se reduce a su muralla, pero es justo reconocer que, si además no tenemos datos fidedignos de la cronología y extensión completa de ningún edificio ni de ningún tramo de calle, dibujar el *pomerium* es una temeridad, pues casi todo lo que se representa como entidad urbana es la extrapolación, por analogía o por intuición, del dato atisbado en la excavación de un solar, finca elevada sistemáticamente a la categoría de ombligo del mundo, unida a la interpretación de las excavaciones anteriores, mal publicadas casi siempre y la mayoría de las veces sólo conocidas a través de memorias inéditas.

En este sentido las excavaciones aquí presentadas no aclaran nada, pero tampoco colaboran a la confusión, pues *Hispalis* se muestra esquiva en el solar de la Catedral a la profundidad que hemos podido llegar, aunque tal vez sea un dato que no tengamos datos. Para que quede claro afirmo que seguimos casi igual que estábamos en tiempos de uno de mis profesores, Don Francisco Collantes de Terán y Delorme, pues sigue siendo válida la apuesta de quienes dibujan la Catedral como zona urbana, pero también la convicción de quienes sostenemos que estaba fuera de la muralla: es una cuestión de fe. La lectura de las inscripciones de la Giralda añade nuevos datos prosopográficos y mejora el conocimiento de las actividades de la ciudad romana, pero, como el contexto arqueológico en el que aparecen sigue siendo el mismo y medieval, continuamos en la misma ambigüedad que introdujo mi maestro Don Antonio Blanco Freijeiro al inferir, basándose en la concentración y carácter de las lápidas y en la evidente proximidad del *Bætis*, un "foro de corporaciones" por estos parajes.

Mi excepticismo se ha reafirmado con los materiales aquí publicados, pues dos de las excavaciones que presentamos, la de la Giralda y la Puerta del Perdón, son las primeras que, de forma

científica, presentan cimientos almohades intactos e inequívocos, constituidos por estupendos paramentos de sillería, incluso almohadillada; en mi opinión de testigo directo de los hallazgos, no son *expolia* sino productos almohades, tanto la labra de las piezas como su colocación; si unimos a este dato el hecho de que los edificios cristianos de los siglos XIII y XIV tienen sillería de calidad, incluso finamente almohadillada, recuérdese la fachada del Cuarto Real de los Reales Alcázares, creo que debemos poner en crisis una ecuación largamente sostenida sin discusión, “sillería=obra de romanos”, con lo que una parte sustancial de hallazgos mal documentados que se han interpretado como tramos de la muralla de *Hispalis*, especialmente los que están entre la Catedral y el río, pudieran datarse en época medieval y, como todos están mal documentados, sospecho que todos deben ponerse en crisis en lo que concierne a la datación de las fábricas descritas.

2. UN BAPTISTERIO Y DOS LÁPIDAS DE *HONORATUS*

Si me propusiera dibujar la imagen mas fidedigna que puedo defender del plano de *Hispalis* trazaría una serie de manchas temáticas (necrópolis, zonas pantanosas, inscripciones, etc), otra de líneas (los tramos de calles conocidos y algún “tramo de muralla”) y una tercera de puntos (uno por cada edificio conocido), y nada más, cuidando mucho de no adjudicarles cronología específica entre los años de Escipión y los de Constantino. Después, si además me gustara el riesgo, teniendo en cuenta mi edad y circunstancias, borraría parte de lo anterior, difuminaría el resto hasta hacerlo difícilmente reconocible y le pondría un pomposo rótulo: “La *Spalis* de Leandro e Isidro”.

Nuestra publicación tampoco aporta nada en este aspecto. Lo malo es que ninguna excavación de la ciudad nos ha ofrecido, en los últimos veinte años, alguna novedad sustancial: hemos de quedarnos con el baptisterio que apareció en el Patio de Banderas y las dos lápidas del sucesor de Isidoro, que demuestran que la Catedral, y antes la Mezquita Mayor, han funcionado como “nidos de inscripciones”, pues ha sido como un imán que las ha atraído de todo tipo y cronología, ya fuesen romanas, honoríficas, funerarias, cristianas e incluso islámicas.

La ciudad a la que los musulmanes llamaron Iṣbīliya y que, tras un comienzo fulgurante, cedió la primacía de al-Andalus a Córdoba, no ha dejado ningún resto apreciable en esta parte, aunque algunos de los elementos urbanos que se publican aquí como anteriores a la Mezquita Mayor, pudieran hundir sus raíces formales y funcionales en momentos emirales o califales, anteriores al fatídico Año Mil. Da la sensación de que la presión que la ciudad romana ejerció sobre la zona lacustre donde se asienta la Catedral no tuvo continuidad durante el reino visigodo, ni durante los tres primeros siglos de nuestro Islam, pues la proximidad del río, la mayor altitud de la parte urbana y su extensión hicieron innecesario exponer sus edificios a las anuales riadas.

3. UN CRONISTA MUY FIABLE Y BIEN INFORMADO

Nuestros conocimientos sobre la historia urbana y edilicia de la ciudad de Iṣbīliya durante el resto de la Edad Media musulmana serían mas bien escasos, como sucede en las restantes ciudades andalusíes, sino fuera por la detalladísima y fidedigna crónica urbana, incluida en el segundo tomo de *Al-Mann bil-Imāma*, redactado por Muhammad ibn Sāhib al-Salā, que la profesora Roldán ha traducido de nuevo para nosotros, justo en aquella parte que trata de la mezquita; como ella indica se trata de unos anales, pues refieren ordenadamente los sucesos acaecidos a lo largo de quince años, los que van de 554/1159-60 a 569/1173-4. Lo raro es el papel que los acontecimientos sevillanos juegan a partir del año 567/1171, pues en ese momento empiezan los datos específicos y detallados sobre Sevilla, que sistemática e ininterrumpidamente llegan hasta el año 594/1198, es decir, mucho después del teórico fin del relato general; queda sin explicación esta importante

anomalía, pero gracias a ella sabemos mas de la Sevilla almohade y de su arquitectura que de ningún otro período anterior, ya que, además, algunos hechos son mencionados más de una vez, lo que a veces añade matices o aclaraciones, y casi siempre confirmaciones. El texto es explícitamente adulador y por lo tanto el autor no deja atrás nada que pudiera servirle para ensalzar a sus señores según los tópicos poéticos al uso, pero, por lo que sabemos gracias a la Arqueología, no se inventó los datos, como atestigua el dato, bastante accesorio, que nos da sobre la fundación de la aljama de *‘Umar b. ‘Adabbas* que pudo conocer gracias a una inscripción descubierta en aquellos momentos y de la que no se volvió a tener noticia hasta el siglo pasado; pues bien, los datos, incluida la fecha, son rigurosamente los mismos³. Estas tres circunstancias, la crónica urbana intercalada, el tono adulador y la fidelidad a los hechos, insinúan que no olvidó nada que pudiese añadir mas gloria a los almohades.

La traducción de la profesora Roldán aporta novedades muy interesantes y además aclara algunos pasajes que en la de Huici Miranda eran auténticos galimatías. Entre las deducciones que el texto permitía y permite, destacan dos de forma inmediata e indudable: que las obras de la Mezquita Mayor se prolongaron a lo largo de ventiséis años, entre 567/1172 y 594/1198, aunque se inauguró en 577/1182, y que la construcción, de forma sincopada e irregular a lo largo de dicho periodo, avanzó de sur a norte hasta alcanzar la actual calle Alemanes.

4. LA ALCAZABA Y UN ARRABAL

Como puede comprobarse en la nueva traducción, el cronista hace referencia muy explícita a lo que existía antes de iniciarse la construcción, según el siguiente resumen que expongo en el orden en el que aparecen en el texto, coincidente, como acabo de señalar, con el sentido de avance de los trabajos; podemos afirmar que se vieron afectados los siguientes elementos urbanos: viviendas construidas en el interior de la alcazaba en 567/1172, atarjeas del alcantarillado urbano, que fueron desviados hacia el norte antes de 577/1182, viviendas cercanas a la misma alcazaba y a una explanada, en 580/1184, y viviendas, tiendas, alhóndigas, un mercadillo de ferretería, una mezquita y un cementerio en 592/1196; si tenemos en cuenta dónde siguen estando los Reales Alcázares y por donde entraba el califa, expresamente indicado en el texto, queda claro que donde hoy está la Catedral gótica, heredera sin exceso ni merma del solar de la Aljama, había un cierto numero de casas, quizás murallas y una gran zona baldía. Por otra parte, sabiendo donde está la Giralda y donde ha estado la Alcaicería, no hay dudas de que en la zona del Patio de los Naranjos existió un caserío mas consolidado, pero suburbano, pues así lo sugiere la presencia de un cementerio, alhóndigas y, probablemente, herrerías. Por ello sostengo que la sala de oración de la Mezquita y luego la gran sala gótica se construyeron en terrenos de la alcazaba, mientras el Patio se hizo derribando parte de un arrabal, adyacente por el sur a la muralla de la medina que, si se hubiera visto afectada, no hubiera faltado en la reseña.

Pues bien, las excavaciones han dado fe de lo exacto de esta deducción, y es más, todo indica que formaban parte de un arrabal articulado por calles que corrían en dirección norte-sur, que es, aproximadamente, la poco coránica orientación del nuevo complejo religioso. La cronología de este barrio se inicia, por ahora, en el siglo XI y sus restos, tanto de viviendas como de herrerías, han

³ El texto de Ibn Sāhib al-Salā sobre la inscripción termina con esta frase “ *Escribió ‘Abd al-Barr b. Harūn que llegó la orden del príncipe de los creyentes Abū Yūsuf de que se leyese...*”, que traducen de la misma forma Huici y Roldán, con lo que podemos estar seguros de que así aparece en el texto original; pues bien, resulta que la inscripción emiral finaliza así “...*‘Umar b. ‘Adabbas, cadí de Isbiliya, en el año 214 y ha escrito esto ‘Abd al-Barr ibn Harun.*”, de lo que se deduce que el texto árabe original de Ibn Sāhib al-Salā ha perdido una parte y que sus noticias son fiables.

aparecido en todas las excavaciones efectuadas, excepto en la zona de la antigua Cilla. Los datos de la cerámica y los restos orgánicos que han estudiado las especialistas Dra. E. Bernáldez y señoras M. Bernáldez, Huarte y Lafuente nos dan noticias fragmentarias de la vida de estas edificaciones previas a la Aljama.

5. LA MEZQUITA MAYOR, REALIDAD Y RESTAURACIÓN

En otro lugar he explicado cómo el edificio gótico destruyó casi toda la Mezquita Mayor que habían elevado los almohades, de tal forma que sólo conservamos algunos fragmentos que, gracias a dos arquitectos, Hernández Giménez y Fernández Ruiz, todavía podemos disfrutar. Es evidente que el artículo de nuestras compañeras onubenses, las profesoras Gómez de Terreros y Díaz, nos advierte que el actual Patio de los Naranjos es almohade, pero en versión de Don Félix, a quien debemos varias cosas; la primera y fundamental es que el patio se haya conservado y que podamos percibirlo, aunque incompleto, de forma bastante unitaria, pues sus criterios, incluso su renuencia a publicar, se han prolongado hasta nuestros días merced a la callada labor de sus sucesores. La segunda es que sus decisiones estéticas, aún sobre una base de notable rigor arqueológico, han sido más decisivas de lo que creíamos en la formalización de casi todos los detalles decorativos. Creo que Don Félix, que era hombre de poquísimas palabras pero que meditaba y ensayaba cuanto decidía hasta términos insospechados, como demuestra su archivo personal y ciertas obras onubenses, imaginaría la Mezquita Mayor de Sevilla tal como la ha restaurado virtualmente el profesor Fernández Ruiz, que ha puesto en tres dimensiones los ensayos pobretones que hemos publicado otros, y que merece la pena reseñar, aunque sólo sea para demostrar que este libro es, en sí, un pasito más en la escalada de conocimiento que inició la erudición sevillana del siglo XVII.

El ensayo de restitución más antiguo que conozco es una planta que vi hace muchos años en el Laboratorio de Arte de nuestra Universidad y que, hasta donde yo sé, permanece inédita; la firmó, en julio de 1896, Juan B. de Aguilar Solano, que la acuareló y sombreó en rosa sobre una cartulina entelada; merece un estudio pormenorizado, de modo que ahora sólo diré que es una curiosa mezcla de datos del edificio conservado, muy bien observados por cierto, y la Mezquita Mayor de Córdoba, precisamente en aquellas partes que no se conservan en nuestro caso; es interesante advertir que en el Patio ya dibujaba este autor seis puertas laterales, cuatro de las cuales no volvemos a ver representadas hasta 1992. Como creo que esta es la primera referencia que se publica sobre dicho ensayo de restitución de la planta, se puede afirmar que la más antigua que se ha editado es la que aparece en un artículo de H. Terrasse de 1928, momento en que Joaquín de la Concha y Javier de Luque ya habían despejado el Patio de los elementos posteriores que dificultaban su percepción; este plano, que en realidad no es más que un simple croquis sin escala, tiene tal cantidad de errores que sospecho que en realidad se confeccionó unos años antes de 1926, que fue cuando consta la visita del arabista francés, tal vez muy breve o quizás muy dependiente de informadores locales poco avisados. Hemos de esperar mucho para hallar otra restitución gráfica de la planta de la aljama; es la que publicó en 1965 Chueca Goitia, ensayista que en varias ocasiones ha tratado nuestra catedral, atribuyendo la autoría del plano a "TORRES BALBÁS, RAFAEL MANZANO"; teniendo en cuenta que el primero, Don Leopoldo Torres Balbás, nunca publicó este plano, y que es evidente, por el círculo que rodea un detalle, que formaba parte de un trabajo más extenso, supongo que lo levantó el Sr. Manzano cuando fue alumno de Don Leopoldo, antes de 1959; se trata de una restitución, partiendo de datos obtenidos tras las obras más decisivas de Don Félix, con la que estoy básicamente de acuerdo, salvo en los detalles de las plantas de ciertos pilares, la forma en que se unen las naves del patio, los errores de medida, la segregación de los tramos que anteceden a la puertas por medio de unos muros de

atajo, la ausencia de cuatro de ellas y en la profundidad de la sala de oración, a la que faltan dos tramos completos. El tercer ensayo de restitución de la planta es el que publicó J.L. Trillo de Leyva en 1992 con los datos que le suministré para la ocasión, que posteriormente he completado en 1999, y que es la base de la reconstrucción infográfica que presenta el profesor Fernández Ruiz.

En la actualidad, gracias a lo que se infiere del Patio, algunas noticias antiguas y las excavaciones emprendidas a partir de 1991 en el recinto catedralicio, especialmente las que aquí publicamos, nos permiten asegurar que la planta del edificio almohade está definida casi en su totalidad, restando algunas incógnitas importantes, especialmente en la nave que, paralela a la *qibla*, en la actualidad ocupan las capillas que van desde la del Mariscal a la de San Laureano. En cualquier caso estamos suficientemente informados como para sostener la restitución tridimensional que aparece en esta publicación, teniendo en cuenta que la apariencia de las mezquitas marroquíes, especialmente en lo que concierne al color, ha influido de manera muy decisiva a la hora de elegirlos, marcando así alguna diferencia con la textura de las restauraciones del Patio que decidió Don Félix.

6. SALA DE ORACIÓN CALIFAL

El cronista almohade da información de varios elementos correspondientes a la zona cubierta del edificio, justo la que casi se ha perdido, que podemos datar con relativa precisión. En tres años y once meses lunares, de 567/1172 a 571/1176, menciona la construcción, junto a sus administradores y constructores, detalles de la cimentación, sus materiales y su profundidad, la cúpula que se elevaba sobre el *mihrāb* y otras bóvedas, la carpintería, el *sābāt* y la *maqsūra*, el *mimbar* y su alojamiento, y nos informa que se paró la obra en el momento en que quedó completa la sala de oración (*“hasta que se levantaron al completo los cuatro muros del edificio, se unieron las naves con las bóvedas y se completó la cubierta del techo”*). Obsérvese que no se menciona el alminar, ni el patio, ni la *mid'a* ni ninguna otra obra hasta 584/1189, cuando, en el proceso de construcción del alminar, se nos indica que repararon lo que se había deteriorado en tres naves de la mezquita, la del este, la del oeste y la del norte y que se hicieron en la sala unos vanos con vidrio y que se pavimentó con ladrillo, lo que hace sospechar que desde el año 577/1182, en que los sevillanos comenzaron a usarla por imperativo legal, habían tenido el suelo terrizo. Un dato indirecto permite establecer la fecha exacta de la terminación de la *maqsūra* y por lo tanto el momento en que el califa pudo usar la nueva aljama, que tendría terminados al menos dos o tres tramos; la noticia la sugiere el analista al mencionar la antigua aljama de 'Umar ibn 'Addabas, cuya *maqsūra* fue desmembrada en 570/1175, fecha que, en mi opinión, no puede tener otra explicación que la indicada.

Las excavaciones han determinado la posición exacta del paramento exterior de la *qibla* y sus estribos, así como un buen número de pilares de las naves normales y la solería de cerámica del interior. Los datos exhumados dan cuenta de las preocupaciones de los constructores por la cimentación, que, a pesar de las grandes cantidades de escombros de las casa expropiadas que pudieron usar para los terraplenes, hubieron de profundizar selectivamente para alcanzar el firme, cuya cota era muy irregular a causa de los senos lacustres del lugar. Poseemos también algunos restos, ciertamente minúsculos, de la decoración, pero como es probable que está se hiciera mucho después, prefiero citarla más adelante.

Otro dato que parece relativamente seguro es que el edificio, cuyo “solar” tenía titularidad o funcionalidad “militar” hasta entonces, siguió siendo para el uso exclusivo de los almohades y los suyos durante siete años, aún estando en obras; para los sevillanos la aljama, sin la molesta presencia de las autoridades, siguió siendo la que se había fundado en 214/ 829.

7. UN ALMINAR ENTRE LAS ESTRELLAS DE GÉMINIS... Y DOS TRAMOS DE MURALLA

Las últimas semanas del califato de Abū Ya'qūb y las primeras de su sucesor, tras su proclamación en el Arenal hispalense, fueron particularmente agitadas en el proceso de construcción de la nueva aljama pues se dieron sucesivamente dos ordenes contradictorias. La primera vino del califa viejo el día el 13 de *safar* del año 580/26 de mayo 1184 y se refería al inicio del alminar y a la construcción de una muralla “*en la alcazaba de la ciudad que arrancara en el comienzo de la edificación y pasara por delante de la explanada de Ibn Jaldūn, en el interior de Sevilla*”; la segunda, dada por su hijo a mediados de agosto del mismo año suspendió la construcción de la muralla y reanudó la del alminar. Los hallazgos arqueológicos del Dr. Tabales, aquí publicados, dan color a la construcción de la Giralda, y los de Don Álvaro Jiménez aclaran de forma prácticamente definitiva la restitución que dibujé hace veinte años de los trazados de las murallas que rodeaban la Mezquita Mayor, adivinada entonces a base de documentación antigua, completada en 1998 a partir de los primeros hallazgos y que ahora sintetizo, contando con la aparición, en este mismo año 2001, de otro tramo de muralla en la Acera de Levante, entre la Capilla Real y la reja de la Puerta de los Palos. Lo que se percibe ahora con claridad es algo tan simple como que los tramos de muralla conocidos dibujan un trazado casi absurdo, y por ello partiré del único tramo de muralla existente que carece de toda explicación: es el que discurre como límite sur de la Plaza del Cabildo y que, gracias a una obra delante de la puerta del Sagrario, sabemos que tocaba a la mezquita en el sitio donde la Sala de Oración se convertía en *Sahn* y que cortaba éste en diagonal, pues lo ha excavado el Sr. Jiménez; consta que formaba una puerta enfrentada a la ciudad, justo en la embocadura de la calle Hernando Colón, en el eje de la mezquita; de allí salía otro ramal oblicuo que, cortando el *Sahn*, salía de la mezquita cerca de la Giralda, pues ha aparecido en la Acera de Levante al revisar un alcantarillado; por su dirección sabemos que buscaba el que fue “arquillo de Santa Marta” y en línea recta llegaba hasta el lugar donde Don Félix dejó un testigo de su traza, único contacto documentado de un tramo de muro que saliese del frente septentrional de los Reales Alcázares hacia el norte. Es evidente, como demuestran las excavaciones y los elementos emergentes, que este muro llegó a estar completo en las zonas que no afectaban directamente a la mezquita, y que los que sí lo hacían nunca se completaron, con lo que no se consumó el cierre del edificio, o mejor dicho, su permanencia inequívoca en la Alcazaba, de la que había surgido. Con esta decisión Abū Yūsuf dejaba en suspenso la funcionalidad del recinto militar, pues basta imaginar que, si un viernes, tras la oración, se hubiese producido algún conato de sedición, los revoltosos hubieran estado dentro del primer recinto defensivo al instante.

Por lo tanto el flamante califa se vería obligado a trazar una nueva línea septentrional de la Alcazaba, de la que no poseemos ninguna indicación literaria coetánea, pero sí el trazado completo que, con mucha más lógica formal y funcional que el iniciado por su padre, se ceñía a la *qibla*, con lo que la aljama ya quedó para siempre fuera de los recintos militares, siendo necesario reformar el acceso del califa; todo ello constituye una rosario de evidencias publicadas anteriormente, junto a otras que ahora ven la luz y a la abrumadora prueba de la Iconografía. El recinto final se iniciaba en la Giralda, en la histórica puerta de los Palos, se dirigía hacia el sur y de nuevo se adentraba en la actual catedral cortando la Acera de Levante a la altura de la Sala capitular, pasando ante la puerta de San Cristóbal, el patio de los Limoneros para seguir hasta la puerta de San Miguel y la torre del Almirantazgo.

Por lo que concierne al alminar consta que, tras el inicio en 580/1184, y las vacilaciones de las semanas siguientes, la obra continuó durante algún tiempo, fabricando los cimientos y más de dos metros de su alzado, incluida una parte de la rampa e incluso el apilastrado que prefigura el abovedamiento; no sabemos porque ni cuando la obra se paró, pero el cronista nos dice que en 584/

1189 se reanudó con cambio de arquitecto y de material, pero no dice, ni se deduce de lo conservado, que hubiera otras modificaciones.

La obra concluyó con el mes de *rabī al-ājar* de 594/19 de marzo 1198, y consta que el proceso no fue continuo pues, siguiendo la demostrada tradición de la obra, sólo se activaba por la presencia del califa o por una orden directa de él. Parece, no obstante, que fue relativamente independiente de las restantes obras en el propio edificio.

8. LA CONSTRUCCIÓN DEL PATIO

Lo más curioso de la descripción de las obras que nos ofrece Ibn Sāib al-Salāt en su crónica urbana, intercalada en los anales, es que no menciona explícitamente la parte descubierta de la Mezquita Mayor hasta un momento muy tardío, pero perfectamente encajado con el accidentado desarrollo que estamos describiendo en este libro; no obstante, una cierta mención implícita, en 584/1189, es la que se desprende de una frase ya citada (*“Construyó en el interior de la zona cubierta del edificio unos vanos con vidrio y pavimentó [por dentro] y por fuera con ladrillo”*), pues si tenemos en cuenta que, como se expone un poco más adelante, el contorno exterior se pavimentó con *“piedra kadān”*, documentada en la excavación del Dr. Tabales, el hecho de que se pavimentara con ladrillo *“por fuera”*, sólo puede referirse al patio, continuación natural de las naves del oratorio.

La citada excavación introdujo un elemento cronológico desconcertante, pues documentó, que en la parte mas próxima al Alminar, la obra del *Sahn* tenía dos fases bien diferenciadas; una interpretación pronto desechada, ante los propios hallazgos, es que el cambio hubiera sido forzado por la obra del propio alminar; ahora, cuando ya sabemos que la mezquita sufrió en este sitio, y en su simétrico, la demolición que preludió a la construcción de la muralla, el dato encaja, y se relaciona con una frase de Muhammad ibn Sāhib al-Salā, quien, en el contexto de 584/1189, dice que se *“restauró lo que se había deteriorado en tres naves de la mezquita, la del este, la del oeste y la del norte, las reparó y las reforzó. Niveló la mezquita con gradas por el flanco oeste y pavimentó a su alrededor con piedra kadān”*; estos datos casan en el contexto de “desmilitarización” aludido y la consiguiente restauración del patio, que por vez primera aparece en la crónica y con una denominación muy significativa, pues dice Ibn āib al-alāt: *“ordenó que se ampliara la explanada de la mezquita, donde rezaba la gente cuando se hacía preciso. Para ello se demolieron las viviendas...”*; esto sucedía en el año 592/1196 y es la noticia directa, salvo la terminación de la futura Giralda, más moderna de la aljama, finalmente completa. No hay contradicción entre el puntilloso cronista y la realidad existente y documentada, pues la amortización, inmediata a su abandono o tal vez algo diferida, de la frustada muralla de Abū Ya‘qūb, significó una importante ampliación del patio, prácticamente creado ex novo.

9. OBRAS POSTERIORES A 594/1198

Los datos literarios que aporta Muhammad ibn Sāhib al-Salā quedan agotados con la frase anterior, pero no así los arqueológicos, pues hay numerosas evidencias de que la gran aljama hispalense, en los siguientes cincuenta años, recibió obras musulmanas que se superponen y agregan a todo lo que hemos identificado con la crónica.

De tales añadidos los más notorios son los decorativos, pues en el Patio y en la propia Giralda se documentan la presencia de yeserías que no sólo modifican la decoración latericia de las etapas correspondientes, sino que constituyen unas correcciones tan severas de las formas, que no cabe interpretarlas como decoración original, ni tampoco, dada su escala, extensión y

ubicación, como restos de una decoración mudéjar, que, por otra parte, está bien definida en varios lugares.

También debemos incluir en este apartado la construcción de la *mid'a* que es un elemento arquitectónico cuya ubicación y trazado presupone la existencia de la muralla de Abū Yūsuf y, en cualquier caso, debiéramos entenderla como posterior al periodo que narra Ibn Sāib al-Salāt, pues este autor no hubiera dejado de mencionar esta obra, cuyas formas merecen una publicación definitiva y extensa por parte de los arqueólogos que la exhumaron.